DOLENCIAS Y ENFERMEDADES DE LAS PALOMAS

Autor – Bishop alias Old Hand – Uk – 1993

Traducción del inglés – Néstor Diego

HIGIENE DEL PALOMAR Y DE LAS PALOMAS

Lo que todo principiante debe saber sobre la higiene del palomar y los aspectos que afectan al mantenimiento de la buena salud de sus palomas mensajeras.

¿Acaso no les he señalado, en innumerables ocasiones, a mis alumnos principiantes que, en mi opinión, una paloma realmente enferma es necesariamente muerta?

¿No les he rogado a todos que tengan en cuenta que la prevención es infinitamente preferible a esperar a que el ave caiga enferma gravemente?

Finalmente, ¿no he insistido, con vehemencia y muy a menudo, en que una paloma debilitada por una enfermedad grave y luego curada jamás podrá volver a ser una paloma atlética completa, digna de conservar en el palomar?

Todos mis numerosos alumnos deben admitir libremente que nunca he vacilado en mi consejo al respecto.

Las carreras de palomas son una forma de atletismo exigente y se espera que las palomas mensajeras rindan como atletas.

También se espera que gocen de una salud tan robusta que puedan producir crías fuertes y atléticas.

No pueden lograr ninguna de estas cosas si su salud se ha visto permanentemente afectada por una enfermedad grave.

Siempre que un principiante me escribe pidiendo orientación u opinión sobre la salud y los remedios para las palomas, siempre le respondo con consejos sobre cómo curarlas si conozco la solución adecuada a su problema.

Sin embargo, a menudo debo matizar mi consejo con la frase: «Una paloma que ha sufrido la enfermedad que afecta a su ave nunca podrá ser una futura ganadora de carreras, ni servirá como reproductora».

Detesto dar consejos sin esperanza, pero la honestidad me obliga a comunicar incluso las decisiones más difíciles cuando creo que son necesarias.

¿Pero qué ocurre con el principiante que recibe esta opinión mía?

¿Debe sacrificar inmediatamente a la paloma para la que la opinión anterior es prácticamente una sentencia de muerte?

Lamento constatar que en la mayoría de los casos la respuesta recibida es: NO.

Aunque yo mismo he sido un aficionado de toda la vida, debo confesar que las reacciones mentales de la gran mayoría de nuestra fraternidad nunca dejan de desconcertarme.

No parecen pensar como los demás.

¿Cómo explicar, si no, que haya quienes me pidan consejo, pero lo ignoren por completo?

Si esta queja mía no fuera cierta, ni se les ocurriría conservar ejemplares que, según les digo, no valen ni el precio de otra comida, pero cuya retención podría causar un daño irreparable a la colonia.

Tras reflexionar, creo que estos aficionados tienen una idea equivocada de cuál debería ser la actitud básica del hombre hacia los animales.

Quizás, cuando eran muy jóvenes, sus maestros o padres les inculcaron que los seres humanos debían amar a los animales.

Como aman a sus palomas, creen que al curar casos graves y conservarlas están sublimando la virtud suprema del hombre: el amor.

Esos aficionados se equivocan.

La más grande y noble de todas las virtudes humanas no es el amor, sino la compasión, que puede cultivarse sin estar motivada por el egoísmo posesivo que tan a menudo caracteriza la tan cacareada pasión del amor.

La mayoría de quienes conservan restos de palomas enfermas, ya sean mutiladas o curadas, porque «las aman», no están movidos por la compasión hacia el animal, sino que se resisten a asumir una pérdida que podría privarlos de un ave sin futuro, incapaz de funcionar como una paloma mensajera sana durante el resto de su condenada y castigada existencia.

Todo esto se debe a que están atrapados en el fango del sentimentalismo empalagoso que constituye la esencia de la autocomplacencia.

Un criador verdaderamente compasivo cumpliría con su deber y sabría qué hacer.

Todo principiante en este deporte debe aclarar su actitud hacia las palomas enfermas: ¿curarlas o matarlas?

Debe escudriñar su propio corazón en su búsqueda de la verdadera fuente de la compasión y, si la encuentra, podrá convertirse en un gran aficionado.

De lo contrario, la satisfacción que obtenga al satisfacer sus sentimientos personales tendrá que compensarle la falta de premios y premios que le corresponderán.

Habiendo dicho lo que tenía que decir y probablemente habiendo ofendido a algunos, me doy cuenta de que insistir en el tema de las dolencias no me llevará a ninguna parte.

Lo mejor es explicar la naturaleza de las dolencias, sus síntomas y su tratamiento, y dejar que usted decida si vale la pena intentar curarlas o si será más compasivo y beneficioso conservar solo las palomas más sanas de su palomar.

Si consideramos las dolencias de las palomas en general (y hay muchas), supongo que podríamos clasificarlas de la siguiente manera:

(1) Ligeros trastornos que se curan fácilmente sin dejar secuelas que perjudiquen la salud del ave.
(2) Lesiones y trastornos temporales que solo requieren primeros auxilios y se curan fácilmente, sin dejar secuelas.
(3) Afecciones causadas por parásitos que no se permitirían en un palomar higiénico.

(4) Enfermedades graves hereditarias o contraídas, a menudo debido a la debilidad constitucional del ave, o lesiones que causan daños permanentes a su salud o constitución.
(5) Afecciones debidas a deficiencias nutricionales y vitamínicas en la dieta.

Si se tratan a tiempo, estas afecciones rara vez son letales y no dejan secuelas en la salud del ave.
Aunque he propuesto la clasificación anterior, los principiantes no deben creer que todas las afecciones pueden catalogarse tan fácilmente.

Algunas afecciones no se incluyen en ninguna de las categorías anteriores.

Lo primero y más importante que debe entender el principiante es que el 90% de las enfermedades y dolencias de las palomas conocidas hasta la fecha no habrían llegado al

palomar si el propietario hubiera tomado las medidas adecuadas para garantizar una higiene impecable.

He conocido aficionados que gastan 5 libras a la semana en apuestas, pero que se resisten a gastar unos céntimos en un antiparasitario eficaz.

La higiene del desván no consiste en raspar el suelo a diario y rellenar el bebedero después.

He visto desvanes que, a primera vista, parecen sucios, pero que en realidad son un ejemplo de higiene.

La higiene no consiste en frotarse con fuerza en actos de devoción, sino en crear condiciones clínicas en las que parásitos, bacterias, gérmenes y virus no puedan prosperar ni reproducirse.

Nada podría ser más higiénico que un montón de excrementos bien secos en el suelo del desván, inmunes a las amenazas mencionadas.

Como he señalado a menudo en mis escritos para aficionados, debemos cambiar nuestra forma de pensar y adaptarla al mundo moderno y científico en el que vivimos.

Las viejas costumbres son las malas.

Solo las nuevas ofrecen los mejores resultados.

Nótese, por ejemplo, que los excrementos de paloma que yacen a 15 cm de profundidad en el suelo del palomar, pero que están completamente secos, son menos potencialmente dañinos para las aves que un suelo de madera o de hormigón (yeso) que se raspa con esmero y minuciosidad tres veces al día.

La higiene del palomar va mucho más allá de la simple limpieza.

Por ejemplo, uno de los principales defectos del sistema de "agujero abierto" es que permite la entrada de aves callejeras y silvestres (algunas de las cuales están terriblemente sucias).

Conozco varios casos en los que un ave callejera o silvestre ha entrado en un palomar ganador y ha arruinado sus posibilidades de éxito.

El ave no abandonó el palomar sin antes ensuciar y contaminar los bebederos y comederos, dejar sus excrementos infectados y esparcir parásitos y gérmenes por todas partes.

Si encuentra una paloma extraviada en su palomar, debe vaciar rápidamente los bebederos y desinfectarlos antes de volver a llenarlos.

Los pisos y las perchas deben desinfectarse y debe esparcirse un compuesto antiparasitario sobre todas las superficies.

Ignorar este consejo puede ser peligroso.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, traslade sus palomas a otro palomar, ni siquiera si el traslado es temporal, como durante la limpieza de primavera, la redecoración o las reformas del palomar.

Más de un principiante, sin saberlo, ha trasladado sus palomas al palomar de su mejor amigo durante la renovación del suyo, solo para descubrir que, al regresar, las palomas habían contraído una enfermedad respiratoria u otra dolencia.

Mientras trabaja en su palomar, coloque todas sus palomas en jaulas de entrenamiento o de competición, o en jaulas similares con muchas aberturas en las paredes y el techo.

Así, no correrán ningún peligro.

Nunca construyas tu palomar cerca o encima de ningún otro recinto para animales, como gallineros, paveros, perreras o aviarios.

De hecho, no tengas ningún otro animal de ningún tipo en el jardín trasero.

Si no sigues este consejo, nunca lograrás que tus palomas estén en óptimas condiciones.

Además de que los parásitos y gérmenes se transmiten de un animal a otro a la velocidad de la luz (los peores son prácticamente invisibles al ojo humano), existen otros problemas cuando se permite que más de una especie de animal entre en contacto cercano.

Por ejemplo, si las palomas picotean la tierra alrededor de un palomar donde un perro o gato ha orinado o defecado, pueden surgir serios problemas.

Si tiene un perro cerca del palomar (como medida de protección contra intrusos), coloque primero una capa de hormigón y riegue con una manguera a diario, sin olvidar terminar rociando sobre la superficie el contenido de un cubo de agua con un desinfectante potente.

Los excrementos del perro deben enterrarse o quemarse cuidadosamente.

Debe mantener las más estrictas condiciones sanitarias dentro y fuera del palomar.

No invite a cualquiera a visitar su palomar después de que hayan estado en otro.

Tenga a mano una bolsa de tela con tiza francesa mezclada con un compuesto antiparasitario y desinfectante, y pida a sus visitantes que se froten las manos antes de tocar a sus palomas.

Coloque un rascador de botas fuera del palomar e invítelos a limpiarse las botas antes de entrar.

Acostúmbrate a usar un mono cada vez que visites tu palomar y manténlo desinfectado.

Si puedes conseguir algunos de repuesto, igualmente desinfectados, para que tus visitantes los usen, mucho mejor.

Como dato curioso, te cuento que ningún visitante puede entrar a un palomar de élite en Bélgica sin antes ponerse un mono y abrochárselo bien.

Si los visitantes se burlan de tus precauciones, son una amenaza aún mayor de lo que imaginas, porque te están dando pruebas de su propia falta de precaución en sus palomares, donde es muy probable que abunden parásitos y gérmenes.

No querrás que entren en tu palomar, ¿verdad?

Aquí tienes otro punto.

Las palomas que anidan intentarán llevar ramitas sueltas a sus nidos para usarlas como material.

No podrás evitarlo.

Pero recuerde que la mayoría de los ácaros rojos que invaden los palomares y se instalan allí entran aferrados a una ramita traída como material de anidación.

Lo correcto es espolvorear un compuesto antiparasitario sobre el material de anidación.

No me refiero a polvos para pulgas o insectos, sino a compuestos en polvo concentrados especialmente formulados para la destrucción de las familias de ácaros.

Nunca utilice nidos porosos, absorbentes, capaces de retener la humedad o que no estén suficientemente perforados.

Deteste los que se ajustan perfectamente al suelo del nido y proporcionan en su parte inferior un refugio oscuro y cálido para que insectos y ácaros se reproduzcan.

Recuerde que los polluelos parasitados por ácaros no pueden desarrollarse correctamente.

Siempre tendrán un aspecto enfermizo.

Esos polluelos que insisten en salir corriendo del nido después de que los hayas vuelto a colocar no te tienen miedo, sino a los ácaros casi invisibles cuyos ejércitos los atacan, les hacen la vida miserable y se alimentan de su sangre.

La mayoría de los polluelos encontrados rígidos y muertos en el suelo del nido no se cayeron del nido.

Fueron expulsados por los parásitos.

Las aves viejas que se niegan a incubar y abandonan los huevos o las crías no son malas madres, sino aves viejas que no pueden incubar los huevos en paz mientras miles de parásitos infestan su plumaje, las muerden y les chupan la sangre.

Observa las aves que se rascan y patean continuamente: en todos los casos, están infestadas de ácaros.

Estas son las aves que no pueden reproducirse ni sobrevivir.

Estarías en la misma situación si tu cuerpo estuviera cubierto de parásitos.

Ignoren a quienes se burlan de este consejo y dicen que exagero la amenaza del parásito del palomar.

Hace unos siglos, la mitad de la población de Europa y Gran Bretaña murió por la picadura de una sola pulga que los infectó con la peste bubónica.

Y esa pulga también provenía del lomo de un animal.

Si toman las precauciones adecuadas dentro y fuera de su palomar, tengan mucho cuidado al introducir un ave de otro.

Si no saben con certeza que el palomar del que traen el ave es higiénico, no la traigan a casa y la suelten en su palomar.

Primero, colóquenla en una cesta limpia después de tratar bien su plumaje con un compuesto antiparasitario.

Coloquen un bebedero y un comedero para la comida y la gravilla mezcladas.

Dejen que el ave permanezca en la cesta durante varios días, al menos cuatro.

Ahora observen al ave y sus excrementos.

Las heces te indicarán si está sano y, si le haces la prueba de parásitos, sabrás si está libre de lombrices intestinales.

Recuerda que si el ave está infestada de parásitos y defeca en tu palomar, todas tus aves contraerán una infestación de lombrices intestinales en menos de una semana.

Lo mejor sería desparasitar al ave en cuanto la tengas.

Ahora, tómala e inspecciona su boca y garganta.

Si ves manchas blancas en la garganta, ha sufrido una infección de garganta esa temporada, generalmente tricomoniasis.

Las manchas blancas son las cicatrices que quedan cuando las pústulas de la garganta sanan y seguirán liberando organismos vivos de tricomoniasis para infectar a las crías.

Observe la garganta del ave y asegúrese de que la "cortina" (la membrana dentada que cuelga en la garganta) esté intacta.

Si está devorada, el ave ha sufrido de cancrosis.

No debe utilizarse como reproductor sin tratamiento.

Ahora realice la prueba respiratoria.

Sostenga el ave frente a usted, de manera que la línea donde la mandíbula superior se une a la inferior (pico) quede en su campo de visión.

Observe atentamente para notar si puede ver luz a través de los picos cerrados.

Si es así, sostenga el pico del ave entre el pulgar y el índice, apriete ligeramente para asegurarse de que el pico esté completamente cerrado, luego acerque el pico del ave (aún cerrado) a su oído.

¿Puede oír un sonido burbujeante, como un resoplido?

Si es así, el ave sufre problemas respiratorios y debe ser devuelta al palomar de donde proviene.

Bajo ningún concepto lo introduzca en su palomar, o tendrá un palomar lleno de estornudos y moqueos en un abrir y cerrar de ojos.

La boca, la garganta y la abertura deben estar limpias y de color rosado.

Ahora examine el cuerpo del ave en busca de hinchazones, bultos o crecimientos.

Revíselo minuciosamente, con calma, ya que esto es importante.

El polvo antiparasitario aplicado al ave habrá eliminado los parásitos en menos de 10 minutos.

Ahora traslade el ave a otra cesta, también tratada con el antiparasitario, y coloque un bebedero y un comedero recién desinfectados para la etapa final de la inspección.

Si el ave contrajo alguna enfermedad antes de salir del palomar original, debería mostrar síntomas en un plazo de cuatro días.

En cualquier caso, trátela contra los parásitos intestinales y lávele bien las patas con desinfectante.

Finalmente, báñela con champú.

Cuando hayas pasado por todo este engorro y estés satisfecho de que el ave esté "sana", podrás introducirla en tu palomar sin problema, pero no antes.

Digo "engorro" porque así puede parecerte el proceso a primera vista, pero en realidad es una precaución basada en el principio de que más vale prevenir que lamentar.

Los animales, al igual que los seres humanos, también necesitan revisiones médicas.

Una de las mayores amenazas para la salud de cualquier paloma mensajera son sus antepasados. Las enfermedades y anomalías hereditarias a veces se saltan generaciones, siguiendo las reglas de la herencia cruzada.

Mantente atento.

La mayoría de las aves que padecen cancro no lo contrajeron, sino que lo heredaron de antepasados con esta enfermedad.

Los tumores son casi siempre hereditarios, pero la mayoría no se desarrollan hasta que el ave tiene 5 o 6 años o más.

Los problemas respiratorios casi siempre se transmiten a través de la alimentación, de los padres a su descendencia.

Si se permite que los padres con problemas respiratorios alimenten a las crías, estas últimas inevitablemente contraerán la enfermedad.

Y no existe cura médica.

Quizás paliativos, ¡pero no curas!

La información anterior constituye una advertencia más para el criador que introduce un ave de otro palomar.

Si se trata de un palomar donde se han curado aves con chancros y otras enfermedades, la posibilidad de reproducir el cancro en su palomar es inevitable, ya que la enfermedad es hereditaria.

Hace algunos años, el editor de la revista Fancy Press para la que trabajo («Pigeon Racing Gazette») me obsequió con un pequeño laboratorio donde me invitó a continuar mis investigaciones sobre la anatomía, las dolencias y las enfermedades de las palomas, ya sea por mi cuenta o en colaboración con otros colegas científicos.

Me dieron total libertad.

Creo que mi editor es único entre los editores, tanto del pasado como del presente, por prestar este servicio progresista a nuestro deporte.

Su labor ejemplifica el pensamiento moderno y el progreso en su máxima expresión.

Al tratar cada dolencia o enfermedad de las palomas, intentaré aconsejarles cómo tratarla y curarla, y si el producto específico que mencione para este fin resulta ser uno de los que he formulado en mi laboratorio y que la revista comercializa, lo mencionaré igualmente.

No lo haré con el objetivo de publicitar el producto, sino porque creo que es el más reciente y eficaz disponible para tratar la dolencia.

No necesito publicitar productos específicos para la revista, ya que el editor es perfectamente capaz de publicitar sus productos sin mi ayuda.

Pero mi lector entenderá que no puedo aconsejarle cómo abordar una dolencia con éxito a menos que pueda mencionar el producto específico que debe usar para tal fin.

Lo anterior también se aplica a lo que tengo que decir sobre nutrición, deficiencias vitamínicas y dietas en general.

No puedo describir la composición adecuada de una dieta especial a menos que también mencione y describa los ingredientes específicos que debe incluir.

Reitero que no pretendo hacer publicidad, sino solo aconsejar.

Si prefiere obtener información específica en otro lugar, no me afecta en absoluto, pero no me culpe si pierde su paloma por adoptar otro tipo de tratamiento.

Los principiantes que actúen con la prudencia que he descrito y recomendado anteriormente tendrán poco que temer de dolencias o enfermedades en sus palomares.

La vigilancia y la precaución serán su garantía contra estos peligros.

PALOMAS Y DOLOR

Al tratar a una paloma mensajera enferma, debemos conocer la magnitud del dolor que puede sufrir y soportar.

¿Conoce el aficionado promedio la probable intensidad del dolor que puede sufrir una paloma cuando está enferma o herida?

O, dicho de otro modo, ¿cree que las palomas tienen la capacidad de experimentar dolor intenso, o incluso agonía como la conocemos?

O, volviendo a la pregunta, ¿qué grado de dolor sufre realmente una paloma cuando su lesión se compara con un dolor similar registrado por el sistema nervioso de un ser humano?

En otras palabras, ¿sufre la paloma tanto como nosotros? ¿Sufre más? ¿O menos?

Desde hace tiempo tenía en mente escribir un tratado sobre el tema de las palomas y el dolor, y la única razón por la que lo posponía continuamente era la magnitud de la tarea.

Créanme, hay tantos temas sobre los que un periodista especializado en palomas puede escribir sin derramar lágrimas que evita deliberadamente aquellos que le provocan dolores de cabeza.

Y dudo que alguien pueda escribir con erudición y claridad sobre el tema de las palomas y el dolor sin recurrir constantemente a un frasco de aspirinas o al sedante más tentador elaborado con cebada malteada.

Sin embargo, mi plan tentativo de abordar el tema y resolverlo de una vez por todas se vio impulsado (y el trabajo en sí se aceleró) cuando recibí la siguiente carta:

«Estimado Viejo Experto, siento la necesidad de sentarme a escribirle sobre el reciente incidente de mi buen palomo rojo ajedrezado, que regresó de un entrenamiento con la pata derecha fracturada. La fractura del hueso era grave porque cuando vi al pájaro por primera vez en el césped fuera de mi palomar, su pata derecha estaba colgando. Mientras el pájaro se movía sobre la hierba, su pata rota y arrastrada golpeaba y rebotaba. Me horroricé. Lo más sorprendente de todo fue la aparente reacción mental del ave ante su herida. Se movía entre las demás, intentaba rozar con la cola a las gallinas, picoteaba despreocupadamente en el césped y, finalmente, saltó al bebedero poco profundo para meterse en el agua y sacudirse la pluma. En resumen, se comportaba como una paloma sana, sin heridas, con una aparente indiferencia total hacia su pata rota y colgante. Intenté atraerla al palomar donde la esperaba para atenderla, pero insistió en quedarse afuera y fue una de las últimas en entrar. Una vez dentro, voló hasta su percha, se sopló la pluma que tenía en la nariz y empezó a echarse siestas. Parecía que la paloma herida era ajena al dolor y la agonía. Ni una sola vez se quejó ni dio la más mínima señal de ser consciente de la herida o el dolor. Al escribirle sobre el incidente, me veo impulsado a creer que las palomas son inmunes al dolor o, si lo sienten, que no puede ser el mismo tipo de dolor que sufriríamos los humanos si nos viéramos incapacitados por una lesión similar. Su opinión al respecto sería apreciada, no solo por mí, sino también por sus muchos otros entusiastas seguidores»

El autor de la carta anterior no es el único aficionado que, como testigo de este tipo de lesiones en palomas, se ha planteado la eterna pregunta: "¿Sienten dolor real las palomas?".

Desde tiempos inmemoriales, el tema de "Palomas y dolor" ha sido un profundo misterio, y solo ahora, tras una exhaustiva investigación, me siento capacitado para arrojar algo de luz sobre el problema.

¿Qué es el dolor? ¿Cómo deberíamos definirlo?

En la profesión médica, se acepta que el dolor es esencialmente una reacción física al daño tisular.

Las terminaciones nerviosas de la piel reaccionan al daño enviando un mensaje al cerebro a través de una vía nerviosa (fibras nerviosas), que registra la intensidad del dolor según la extensión y la naturaleza de la herida.

Esta definición médica puede resultar clara para algunos, pero otros pueden encontrarla tan confusa como el lodo.

Intentemos aclarar el problema.

Cabe destacar que los nervios son en realidad fibras químicas que se encuentran bajo la piel y se conectan, mediante un cordón, con el cerebro.

Si se produce una lesión en una zona de la piel que contiene una terminación nerviosa, se producirá una irritación en las células cerebrales específicas sobre las que influyen los nervios afectados.

Como resultado, el cerebro activará una señal de alerta en forma de dolor en la zona lesionada, y por «dolor» también puede entenderse, en cierta medida, «malestar físico».

Pero es en este punto de mi explicación donde debo detenerme para observar que el cuerpo de la paloma (y el de cualquier otro animal) contiene no una, sino dos vías nerviosas hacia el cerebro.

Cada conjunto de nervios se agrupa en un cordón que asciende por separado a través de la columna vertebral hasta conectarse finalmente con el cerebro.

Y el secreto de si una paloma siente dolor de alta o baja intensidad reside en explorar la posibilidad de que ambas vías nerviosas funcionen de forma independiente o conjunta.

La vía n.° 1 transmite las sensaciones de (1) calor, es decir, ardor; (2) frío, es decir, grado de congelación; (3) dolor localizado, es decir, dolor en el lugar de la lesión tisular.

Por lo tanto, la vía n.° 1 es una vía objetiva que registra fielmente lo que sucede cuando el bienestar del cuerpo se ve afectado o herido.

Por ejemplo, reaccionaría ante una fractura ósea informando al cerebro de que se ha producido y de que, como consecuencia de la lesión, la extremidad no se encuentra bien.

El cerebro, alarmado, advertiría al cuerpo del daño sufrido generando una intensa y aguda sensación de malestar en el lugar de la fractura.

La vía n.° 2 también consta de varias fibras nerviosas entrelazadas en un cordón y, al igual que la vía n.° 1, transmite mensajes al cerebro.

Sin embargo, a diferencia de la vía n.° 1, que solo se ocupa del daño real (lesión concreta), transmite impresiones y percepciones.

Por ejemplo, intenta transmitir una impresión de forma, tamaño, rugosidad o suavidad, solidez o líquido, etc.

Así, la vía n.° 1 indica la verdad: que un hueso del cuerpo se ha fracturado y dónde.

La vía n.° 2, en cambio, intenta explicar cómo se produjo la fractura, qué agente fue el responsable, etc.

Cuando ambas vías trabajan juntas, generan conocimiento objetivo, por un lado, y una imagen del incidente, por otro, que, al combinarse, intentan contar una historia completa al cerebro.

Es posible que el lector se incline a descartar la explicación de la vía n.° 2 como si tuviera poca o ninguna relación con el tema de "Palomas y Dolor", pero estaría en grave error si lo hiciera.

Para ilustrar mi punto, les contaré una historia que subraya la importancia de la Vía N.° 2: la capacidad de interpretar una "apreciación" o "impresión".

Un aficionado perfectamente sano decidió adquirir y estudiar un libro de medicina (el mercado está saturado de libros de medicina para el público general) y aprender más sobre los hechos y las fuerzas que lo rigen.

Así que compró un libro enciclopédico que enumera las dolencias humanas en orden alfabético y se sentó en su viejo sillón para asimilar los hechos de la vida tal como los desvela la profesión médica.

Comenzando por la «A», se dispuso a leer con calma el libro.

Pero —y fíjense bien— antes de que pueda llegar a la «B», un dolor repentino, agudo y agonizante bajo su chaleco lo interrumpe bruscamente.

Mientras el espasmo le aprieta el estómago, suelta el libro y se lleva ambas manos al abdomen.

¿Qué le ha pasado?

Se lo diré.

Ha empezado a sentir los primeros y terribles síntomas de un dolor abdominal.

Cuando empezó a leer el libro, no sentía ningún dolor.

Ni siquiera un simple picor le irritaba la piel ni le causaba la más mínima molestia.

Pero ahora, justo hacia el lado derecho de su abdomen, un dolor agudo, como el que provocan las repetidas estocadas de un estoque en un duelo, amenaza con desgarrarle el abdomen.

Así, de ser un hombre sano, sin un solo dolor que empañara su felicidad, se ha convertido en un ser con los ojos hundidos y atormentado por el dolor.

Mientras se retuerce de dolor y grita de agonía, sabe que solo hay una cosa que puede hacer: llamar a su médico y llevarlo a su casa cuanto antes, antes de que se desplome y muera de apendicitis.

Sí, se ha dejado convencer por los horribles detalles, tan fielmente descritos en el libro de medicina, de que él también padece esta enfermedad.

Y cuando arrugues el labio superior con desprecio por las cobardes pataletas de este miserable, no creas que es único en nuestra sociedad.

Cualquiera puede imaginar que sufre un dolor real y sentirlo simplemente sometiéndose servilmente a una impresión mental del mismo.

Les damos a estas enfermedades mentales todo tipo de nombres sofisticados, y un ejército de psiquiatras obtiene grandes ingresos tratando a personas cuyas únicas enfermedades son esas ficciones patológicas que se autoinfligen, generalmente al entregarse con demasiada libertad a las pesadillas de su propia imaginación.

Pero, ¿qué sucede realmente para que se produzcan estos casos?

La vía nerviosa n.° 1 se ocupa única y exclusivamente de las lesiones reales en los tejidos corporales.

Le comunica la verdad, y nada más que la verdad, al cerebro.

Pero —y es un gran PERO— la vía nerviosa n.° 2 solo se basa en impresiones que pueden ser verdaderas o falsas, dependiendo de las imágenes almacenadas en la memoria del cerebro.

Porque cuando la vía n.° 2 intenta transmitir una impresión, solo puede hacerlo correctamente recurriendo a la memoria del cerebro para recuperar y comparar una impresión anterior que sea relevante para el nuevo mensaje.

Que la «impresión» sea verdadera o no dependerá en gran medida de la capacidad de la mente para sentir emociones.

Pero, ¿qué es la emoción?

Es la reacción nerviosa de la mente ante la imagen que produce al relacionar una impresión reciente con una impresión anterior de naturaleza similar, aunque no idéntica.

Si la imagen representa una impresión desagradable, temible, repugnante y horrible, el cerebro puede reaccionar emocionalmente con miedo repentino (conmoción), ira (rechazo), etc.

Todo depende de la forma en que la mente reacciona, es decir, de cómo afronta la imagen recién creada, evocada por la Vía N.° 2, y de su efecto al seleccionar las impresiones relevantes del «banco de memoria».

Cabe destacar que no puede haber imaginación sin emoción.

Dado que la verdad debe estar libre de imaginación y ser cruda y práctica (como se explica en la Vía N.° 1), también debe estar desvinculada de la emoción.

Por otro lado, si se combina la imaginación con la emoción, el resultado es la ficción, lo opuesto a la verdad.

Ahora bien, si un ser humano sufre una lesión, también puede reaccionar emocionalmente, mezclando la verdad con la ficción según su reacción nerviosa.

La emoción es una mezcla de reacciones egoístas y altruistas.

Por ejemplo, la emoción es la piedra angular de la compasión, la misericordia y la caridad.

Es la fuente de las lágrimas y la madre del odio.

Es una reacción mental de extremos que van desde la autocompasión mórbida hasta la benevolencia universal, desde el humor hasta la malevolencia.

Así, la vía n.° 2 del sistema nervioso, también conocida como la vía sensorial o de impresión hacia el cerebro, puede transmitir tanto verdad como ficción; puede minimizar o exagerar lo que percibe; puede inventar y distorsionar.

Por supuesto, existen otros factores que influyen y, en ciertas circunstancias, determinan por completo la condición de dolor en palomas y seres humanos.

Por ejemplo, si una paloma se fractura la pata (el fémur), puede curarse en 10 días.

Y una vez curada la fractura, el ave puede cojear sin necesidad de cuidados ni protección.

Si un ser humano se fractura el muslo o el fémur, ¡no se cura en diez semanas!

Probablemente se necesiten 12 o 13 semanas de cuidados y atención antes de que el hueso fracturado se suelde.

Aun así, el paciente cojeará durante algunas semanas más mientras espera a que los músculos del muslo, atrofiados, recuperen su tamaño y función.

Se podría extender este método de comparación a través de una amplia gama de lesiones y dolencias similares y concluir que, en general, la paloma se recupera más rápido que un ser humano.

Ahora, profundicemos un poco más en los aspectos técnicos y lleguemos a una nueva revelación en el campo del dolor.

Las dos «vías» de las que hemos estado hablando son canales completamente separados, cada uno combinado en dos cordones distintos que recorren la columna vertebral hasta el cerebro.

El cordón de la vía n.° 2 («apreciación») asciende por la parte posterior de la columna, mientras que la vía n.° 1 (información) asciende por la parte anterior.

Por lo tanto, ambos sistemas nerviosos son completamente independientes, como dos cables separados.

Sabiendo esto, ahora les resultará evidente que podría surgir o provocarse una circunstancia en la que una Vía podría bloquearse o interrumpirse sin interferir con la otra.

Con esta revelación en mente, ahora estarán realmente «conmigo» en verdadera seriedad y conscientes de lo que intento explicar en este difícil tratado.

Así, cuando decimos que «sentimos» dolor, en realidad estamos experimentando un dolor genuino, tal como lo transmite la Vía n.° 1.

Pero cuando decimos que «apreciamos el dolor», en realidad estamos declarando que somos «emocionalmente conscientes del dolor» sin necesariamente sentirlo.

Pero cuando sentimos dolor y también nos emocionamos por él, podemos estar exagerando el dolor genuino, de modo que duele más de lo que debería.

Por otro lado, es un hecho que al expresar emociones sobre el dolor también podemos minimizarlo, por ejemplo, convenciéndonos de que duele menos de lo que aparenta.

Ejemplo: Estamos dormidos y, en nuestra visión de pesadilla, nos vemos atados a una tabla de madera por un demonio que nos empuja hacia los dientes de una enorme sierra circular.

A medida que la sierra se acerca a nuestro torso, podemos sentir el mordisco de los dientes al atravesar nuestra carne hasta llegar a la caja torácica, que contiene nuestros órganos vitales.

El dolor real de ser serrados por la mitad no puede ser menos intenso ni más agonizante que el dolor que sufrimos durante los 45 segundos de nuestro estado onírico.

Esto es lo que se entiende por «apreciación» del dolor y su elaboración emocional en la mente.

Así, la mente —incluso la inconsciente— puede inventar dolor, elaborarlo y magnificarlo más allá de sus límites reales.

Existen pruebas que demuestran que personas perfectamente sanas pueden imaginar que sufren un dolor inexistente.

Al alimentar una imaginación desbordada, también pueden crear síntomas de dolencia, como sarpullido o hinchazón de la piel.

Las desfiguraciones reales de la piel y la carne, provocadas por la estimulación mental de un trastorno nervioso, a veces adoptan la forma del horror particular que la mente ha creado.

Por ejemplo, se han registrado numerosos casos de fanáticos religiosos que, con el tiempo, desarrollaron trastornos mentales hasta el punto de que sus manos y pies presentaban heridas y sangrado como si hubieran sido crucificados.

Estos casos alguna vez fueron considerados milagros, pero la ciencia ahora los ha establecido como productos de un trastorno nervioso provocado por intensas tormentas emocionales religiosas.

Tal es el enorme poder de la emoción cuando se le permite tomar el control absoluto del sistema nervioso de la Vía N.° 2.

Para poner un ejemplo en el otro extremo, de niña recuerdo haberme caído y haberme lastimado la rodilla.

La emoción instintiva, unida al dolor genuino, me hizo llorar a gritos.

Cuando mi padre me levantó, me dijo: «Tranquilo, tranquilo, solo las niñas lloran, los niños nunca». Al sentir el insulto supremo de ser comparada con una niña, dejé de llorar de inmediato y el dolor disminuyó al cesar los sollozos.

Así, la emoción puede intensificar el dolor y también minimizarlo, dependiendo de cómo se dirija.

Ahora podemos acercarnos a la solución del problema de si una paloma puede sentir dolor y, al mismo tiempo, expresar emociones ante él.

Quienes defienden la teoría de que la paloma carece de la capacidad de expresar emociones ante el dolor tienen como prueba la conducta de palomas como la del gallo ajedrezado rojo de H.B.

En este caso, se nos da la fuerte impresión de que el ave pudo haber sentido algo de dolor, pero no le molestó.

Lo que no podemos asegurar en esta etapa de nuestra investigación es si el ave fingía ser indiferente al dolor real o si simplemente se mostraba impasible.

Asimismo, otros podrían sugerir que la causa del dolor tuvo el efecto de adormecer los nervios, es decir, que el dolor real excedió la intensidad de la agonía y produjo una zona insensible y sin nervios alrededor de la fractura.

Tras una cuidadosa reflexión, sugiero que la solución a nuestro problema no reside en la posible capacidad de la paloma para expresar emociones.

Porque, como he demostrado, una paloma puede expresar una amplia gama de emociones.

Pero la respuesta probablemente no reside solo en la emoción en sí, sino en las emociones que el ave elige biológicamente expresar.

Por ejemplo, volvamos a considerar la emoción humana.

Los humanos somos emocionales por naturaleza.

Muchas personas pueden sentarse frente a una pantalla de cine o televisión y llorar desconsoladamente con una escena que saben perfectamente que es pura ficción, representada para su entretenimiento por un grupo de actores que simulan la realidad.

El público puede identificarse emocionalmente con el ambiente de la obra y llegar a formar parte de ella, sufriendo como parecen sufrir los personajes y, finalmente, rompiendo a llorar.

Cualquier productor o director de teatro que se precie puede hacer llorar al 90% de su público o hacerlos reír a carcajadas, cuando quiera.

Ahora, esas mismas personas pueden tomar un periódico o ver una pantalla de cine, leer o ver relatos y fotografías verídicas de los terribles campos de concentración de Belsen y Dachau, y mientras lloran a las víctimas, no dejan que ni una sola lágrima corra por sus mejillas.

La verdad no genera ninguna tormenta emocional; se necesita ficción para provocarla.

En otras palabras, la emoción humana no es un indicador fiable de sentimientos genuinos.

Es la base de todos los vicios y males de la sociedad mundial, pero que también pueda contribuir a nuestras mejores y más valiosas virtudes es irrelevante.

Las reacciones de los animales son más fiables y están menos influenciadas por las emociones.

Llevé a cabo numerosos experimentos para determinar (1) que una paloma mensajera sí expresa emociones y (2) qué tipo de emociones registran su vida diaria.

Cabe señalar que los niveles emocionales en los animales no indican su coeficiente intelectual probable.

Todo animal desarrolla una inteligencia necesaria para sus necesidades vitales.

Quienes estudian a los animales pronto descubren que rara vez permiten que sus mentes vaguen más allá de la rutina, es decir, la rutina en torno a la cual gira su vida real.

Pero si se observa con atención la forma en que un animal demuestra su inteligencia, pronto se hace evidente que es mucho más inteligente que un ser humano al aplicarla a un problema que afecta exclusivamente a su bienestar.

Naturalmente, un animal no puede competir con la inteligencia académica de un ser humano, ni se siente tentado a hacerlo.

Pero es capaz de dedicarse tanto a la solución de sus propios problemas que supera a los seres humanos al emplear su particular tipo de experiencia especializada.

Volviendo a mis observaciones.

Pruebas exhaustivas establecieron sin lugar a dudas que las palomas mensajeras carecen por completo de sentido del humor.

Este es un avance de suma importancia porque el descubrimiento me convenció de que, si bien una paloma mensajera puede expresar emociones, elige caminos distintos a aquellos en los que los seres humanos suelen expresar sus emociones.

Dado que el humor es esencialmente una emoción, aunque ridícula, podemos comenzar nuestro análisis de la psicología de las palomas eliminando esta posibilidad.

Si observas a una paloma en una situación que ningún ser humano, por muy torpe que sea, podría afrontar sin mostrar humor, jamás verás a un ave reaccionar de forma jocosa.

Donde nosotros nos estremeceríamos y nos reiríamos, la paloma simplemente parece irritada, molesta y, a veces, enfadada.

Jamás he visto a una paloma llorar ni expresar frustración.

Si, durante una prueba, la paloma se encuentra confundida, continúa intentando superar el obstáculo durante un rato y luego desiste.

Por otro lado, las palomas expresan miedo e ira, y algunas son capaces de generar mucho odio y rencor.

Además, parecen ser constantes en su afán de venganza.

La hembra es excepcionalmente celosa.

Adentrándome en la mente de las palomas, jamás he conocido una que pudiera considerarse introvertida.

Todas y cada una de ellas son extrovertidas, salvo cuando el miedo las paraliza; en esos casos, se vuelven tan agresivas y rencorosas que hacen que los peores matones humanos parezcan unos cobardes.

No quiero ser injusto con las aves, pero debo constatar que, según mis investigaciones, sus vicios (en comparación con los estándares y valores humanos) parecen superar con creces sus virtudes emocionales.

Son fanfarronas y acosadoras por naturaleza, maltratadoras y terroristas, especialmente crueles con las crías del palomar.

Jamás he visto a una paloma expresar el más mínimo síntoma de compasión, misericordia, perdón o arrepentimiento.

Obviamente, las palomas viven en sociedad bajo un conjunto de reglas muy diferente.

Parecen expresar ternura y amor solo a sus parejas durante el breve periodo de cortejo y a sus crías solo muy ocasionalmente.

Incluso cuando muestran pasión amorosa, los machos tienden a intimidar a las hembras.

Por lo que he podido determinar (y no pretendo haber explorado a fondo la psicología de las palomas), estas no ponen freno a su ferocidad natural entre sí y son potenciales asesinas de su propia especie.

Quienes piensen que el resumen anterior es injusto para las aves deberían observar más de cerca a sus propias palomas.

Fíjense en su reacción ante la presencia de un ave herida en el palomar.

Observen cómo actúan cuando un pichón, sin emplumar, se traslada imprudentemente de su nido a otro, o cuando entra en otra sección del palomar.

Puede recibir un picotazo salvaje de un viejo macho irascible que le deja una mancha de sangre en la pluma, tras lo cual toda la colonia podría atacarle picotazos hasta dejarle el cráneo al descubierto y luego destrozarle el cerebro.

Es notable que la palabra «encarnamiento», normalmente aplicada a la práctica bárbara de los antiguos indígenas americanos, también sea de uso común en la terminología de las palomas.

Observe cómo las compañeras de palomar ignoran a una paloma enferma.

Ponga un macho en una jaula con una hembra que no le agrada (o a la que no le agrada él) y hará todo lo posible por matarla.

Observe cómo una hembra sin pareja que encuentra a un viudo en la jaula con su cría intentará matarla mientras coquetea con el viudo.

¿Y el padre hace algún esfuerzo por proteger a sus crías de la agresión de la hembra?

Lamento decir que la respuesta es un rotundo NO.

He visto a palomas adultas quedarse de brazos cruzados mientras otro macho procede a masacrar a sus polluelos en el suelo del palomar.

Ni el padre ni la madre intentaron intervenir en la matanza.

Este comportamiento tan extraordinario siempre me ha intrigado.

Otro incidente asombroso es ver a dos machos peleando en un nido mientras ambos (incluido el padre) pisotean a los polluelos en el recipiente, dejándolos completamente aplastados.

Incidentes de este tipo convencen a algunos aficionados de que las palomas mensajeras no tienen ningún sentido común.

En mi opinión, una paloma mensajera tiene mucha inteligencia, pero su constitución emocional carece del tipo de ego que se aplica a nuestro código social.

Su comportamiento y actitud mental obviamente se han desarrollado por caminos muy diferentes.

Sus mentes parecen estar condicionadas a un mundo y una sociedad de palomas en la que la vida se toma las cosas al pie de la letra y en la que la supervivencia y la reproducción,

como dos impulsos biológicos, han reemplazado por completo cualquier otro tipo de emoción o deseo.

Volviendo a «Palomas y dolor».

En los casos en que un cirujano realiza una leucotomía a pacientes que sufren dolor intenso y persistente que no se alivia por ningún otro medio, el paciente invariablemente dice que, aunque todavía siente dolor, este ya no le molesta.

Así, la sección de un nervio reduce el dolor a un nivel adecuado de incomodidad, pero sin llegar a la agonía.

Por lo tanto, llego a creer que, dado que una paloma expresa sus emociones de forma diferente a los seres humanos, es incapaz de sentir autocompasión y otras tensiones emocionales que tienden a intensificar el dolor y la angustia.

No sufre agonía en el sentido en que nosotros la sufrimos.

Siente dolor, pero más bien como una molestia.

Por ejemplo, ningún ser humano con una fractura de muslo podría mover la extremidad sin gritar de dolor, pero una paloma puede saltar con la pata fracturada colgando como si nada.

Su dolor no es insoportable.

La verdadera respuesta al problema no es si las palomas sienten dolor, sino si los seres humanos sufren realmente el dolor que experimentan con frecuencia.

Por ejemplo, muchos pacientes experimentan un alivio inmediato del dolor bajo hipnosis.

Abundan los casos de personas que se sienten bien después de tomar pastillas que solo contienen azúcar, aunque no se les informa que han ingerido nada más potente que una porción microscópica de azúcar.

Además, en estos tiempos modernos e ilustrados, es posible que torturadores políticos borren el cerebro de una persona de recuerdos, placer y dolor, simplemente mediante la aplicación de un flujo eléctrico (el llamado lavado de cerebro).

Creo que se utiliza un procedimiento electrónico similar en pacientes que padecen trastornos nerviosos.

DIAGNÓSTICO Y CURA DE LAS DOLENCIAS DE LAS PALOMAS MENSAJERAS

Antes de que un criador pueda prescribir una cura para la dolencia de una paloma mensajera, debe aprender a diagnosticarla estudiando los síntomas del malestar del ave e identificándolos con la dolencia.

Así, el aficionado debe primero buscar y luego reconocer tal o cual señal, y los principiantes se encuentran en una seria desventaja y gravemente limitados en este sentido debido a su desconocimiento general del catálogo de desastres que pueden afectar incluso a las palomas mensajeras más sanas y debilitarlas, es decir, si el principiante no ha tenido experiencia previa en la cría de animales.

Se dice que «donde la ignorancia es dicha, es una necedad ser sabio», pero esta generalización no se aplica a la cría de palomas, en la que la ignorancia de los conocimientos básicos sobre las enfermedades de las palomas mensajeras a menudo se traduce en la pérdida de un ave valiosa.

Como cualquier otro principiante, recuerdo la inmensa alegría que sentí cuando empecé a criar palomas.

Por desgracia, mi alegría pronto se convirtió en lamentos de angustia cuando una repentina e inesperada epidemia de enfermedad azotó mi pequeño rebaño.

No tenía ni idea del origen ni de la naturaleza de la dolencia, ni de qué hacer al respecto.

Simplemente corría de palomar en palomar, presa del pánico, buscando ayuda.

Entonces hice otro descubrimiento, igualmente desalentador: ningún otro colombófilo del distrito, ni siquiera los más experimentados y exitosos, era capaz de diagnosticar este tipo de dolencia ni de darme ningún consejo útil sobre cómo combatirla y superarla.

Tuve que presenciar impotente cómo mi pequeño y valioso grupo de palomas sucumbía a la epidemia y moría.

Solo me quedaron dos supervivientes, ambos machos.

Una y otra vez, mi preciada colonia de palomas sucumbió a la enfermedad hasta que, desesperado, decidí adquirir libros de texto de medicina y averiguar por qué las palomas mensajeras contraen ciertas dolencias, la mayoría de las cuales resultan fatales para las aves si no se tratan con rapidez y rigor científico.

En aquel momento no lo sabía, pero pronto descubrí que me había embarcado en una investigación que absorbería gran parte de mi tiempo e interés durante los siguientes sesenta y tantos años.

Ni siquiera a mi avanzada edad considero haber alcanzado la plenitud del conocimiento sobre este vasto tema.
Lamentablemente, admito que aún me queda mucho por aprender, aunque puedo diagnosticar la mayoría de las dolencias y enfermedades de las palomas si se me proporciona una lista adecuada de los síntomas.

¿Alguna vez se ha detenido a considerar qué papel específico juega la enfermedad en el destino de una especie?

¿Influye la enfermedad en la regulación de una especie, o su evolución y población se mantienen estables independientemente de su efecto, como ocurre con las epidemias graves?

Las respuestas a estas preguntas son importantes para todos los ganaderos, especialmente para los criadores de palomas, cuyas aves domésticas están expuestas a una amplia gama de enfermedades.

Numerosos científicos ornitólogos siguen intentando descubrir el factor responsable de la regulación y el equilibrio de las poblaciones de aves.

Es decir, buscan la razón por la cual cada especie de ave (con pocas excepciones) mantiene su número sin sufrir explosiones demográficas ni reveses que puedan llevar a la extinción total.

En un artículo académico publicado recientemente por el Dr. David Lack, FRS, del Instituto Edward Grey de Ornitología de Campo de la Universidad de Oxford, observé la siguiente afirmación: «Las enfermedades y la depredación, como ya he mencionado, parecen poco importantes en las aves, por lo que la escasez de alimento es la causa más probable de la mortalidad dependiente de la densidad».

Así, el Dr. Lack afirma que la despoblación no se debe a enfermedades ni a ataques de depredadores, sino a la escasez de los recursos alimenticios naturales de la especie.

Mis investigaciones se limitan a dos tipos de aves: la paloma mensajera y el gorrión común.

Sin embargo, mis investigaciones y registros acumulados me convencen de que la opinión del Dr. David Lack está muy equivocada.

Si bien aprecio su valiosa contribución a la investigación científica sobre este tema, considero que no le ha dado al efecto de las enfermedades epidémicas el crédito que merece por limitar el número de ejemplares de esta especie.

En mi opinión, las enfermedades, tanto en las palomas mensajeras como en todas las demás especies de aves, son el factor principal que conduce a la disminución de las poblaciones y a la regulación de su número.

Habiendo hecho esta afirmación, no me queda más remedio que intentar demostrar que es cierta.

En primer lugar, ¿por qué trasladé mis investigaciones del tema de la paloma mensajera al del gorrión?

Permítanme explicar mi metodología de investigación.

Los colombófilos experimentados habrán notado que las dolencias entre sus palomas, especialmente las epidémicas y cíclicas, varían en intensidad de un año a otro.

Así, este año las aves parecen inmunes a las enfermedades, mientras que el próximo año el colombófilo se encuentra desesperado luchando contra los trastornos y manteniendo a sus palomas sanas y en plena forma.

Recibo cartas de colombófilos que dicen: «Llevo muchos años en este deporte, ¡pero nunca he tenido que lidiar con un brote de este tipo!».

Están perplejos, desconcertados y, en muchos casos, indignados por la repentina aparición de una enfermedad epidémica en un palomar donde durante muchos años no había habido problemas.

¿Por qué?

¿Y quién puede culpar al colombófilo afectado si, tras sobrevivir a tales vicisitudes, concluye que las enfermedades epidémicas, como el vino, tienen sus años de cosecha?

Tras observar el auge y la caída de las epidemias en mi palomar, busqué una posible causa, pero después de varios años de investigación infructuosa y frustrante, decidí que no estaba llegando a ninguna parte.

No encontraba ninguna razón por la que mis pájaros fueran víctimas de una epidemia un año y luego se les dejara en paz durante uno o dos, tras lo cual otra epidemia los azotaba.

Sabiendo que me había metido en un callejón sin salida, decidí trasladar mis investigaciones a otra especie de ave y ver si eso me abría nuevas puertas al conocimiento.

Elegí estudiar al gorrión porque noté que, entre las aves silvestres que rodeaban el palomar, el gorrión era el visitante más persistente y siempre estaba rondando a mis pájaros.

Primero, diseñé una trampa para gorriones y la cebé.

En una hora tenía más de cuarenta gorriones en la trampa y estaba listo para continuar con mis investigaciones.

Imaginen mi horror cuando descubrí que, con dos excepciones, los 47 gorriones que había atrapado sufrían de un estado avanzado de roup.

En todos los casos de roup, las mandíbulas (pico) y la boca del gorrión estaban parcialmente carcomidas por la enfermedad.

En algunos casos, la enfermedad había avanzado tanto que no tenía sentido permitir que el ave sobreviviera.

Esta revelación me convenció de perseverar en mi investigación y llevar estadísticas detalladas, así que a partir de entonces tomé una muestra diaria de gorriones de la trampa para su inspección y registro.

Todavía conservo los registros de muchos años de captura e inspección de gorriones. Entonces se hizo otro descubrimiento importante: que un año de cada cinco o seis (variaba un poco), la población de gorriones disminuía hasta en un 80%.

Tampoco me sorprendió mucho descubrir que el 20% de los gorriones que sobrevivieron en esos años de despoblación presentaban menos gorriones que el promedio en los años de plena población, y que un porcentaje considerable de ellos estaban completamente libres de la enfermedad.

Cabe destacar que, si bien aún encontré gorriones con gorriones en esos años de disminución de la población, su número era mínimo en comparación con la incidencia de la enfermedad en los años de máxima población.

Por lo tanto, mis registros concluyeron de manera convincente que el principal regulador de la población de aves, al menos en lo que respecta a los gorriones, era la enfermedad.

Primero, una epidemia diezmó alrededor del 80% de su población, tras lo cual se necesitaron cuatro o cinco años de reproducción para repoblar la especie.

Luego, antes de que la población pudiera aumentar aún más, el destino, en forma de enfermedad, diezmó la población en una sola temporada, de modo que la tarea de repoblar la especie tuvo que comenzar de nuevo.

Ningún científico aceptaría la explicación que he dado anteriormente sobre la regulación de las especies sin el respaldo de más evidencia.

Era necesario que pusiera a prueba mi teoría y la demostrara o refutara.

Lo primero que hice fue diseñar un comedero para pájaros adecuado sobre un pilar y colocarlo en mi jardín.

Corté agujeros del tamaño apropiado en la superficie para colocar un bebedero y algunos comederos.

Sobre el bebedero y los comederos coloqué tapas cónicas con agujeros que impedían que cualquier ave más grande que un gorrión accediera al agua y la comida.

Claro que esto significaba que algunos carboneros y otras aves pequeñas podían acceder al agua y la comida, pero eso era irrelevante.

Mi siguiente tarea fue añadir varios aditivos tanto al agua como a la comida.

Estos aditivos estaban formulados para eliminar el coccidio (parásito intestinal) y la tricomoniasis (tricomona), así como la infección bacteriana.

La comida estaba impregnada con aditivos para eliminar los nematodos intestinales.

Finalmente, añadí al agua del bebedero un aditivo para eliminar todos los parásitos externos del plumaje.

Diariamente, los gorriones llamaban para beber, bañarse y comer de los suministros disponibles en mi comedero, pudiendo entrar y salir libremente mientras yo me aseguraba de que el bebedero y los comederos estuvieran siempre llenos.

Tras tres semanas decidí volver a usar mi trampa para gorriones y, con cierta ilusión, esperé a atrapar e inspeccionar mi primer grupo de gorriones desde que les proporcioné el comedero y sus suministros medicados.

De los 43 gorriones capturados en la primera captura, solo cuatro sufrían de roup.

Los demás presentaban mandíbulas y bocas carcomidas, pero en ninguno la enfermedad estaba activa.

Mi inspección reveló que su plumaje lucía saludable (dando una impresión de brillo) y, en comparación con los ejemplares afectados por roup de años anteriores, sus cuerpos parecían más robustos.

Mantuve este sistema de tratamiento durante varios años y mis registros muestran que, lejos de una epidemia cíclica que afectara a los gorriones en un año de disminución, su población en realidad creció.

Por ejemplo, en el quinto año después de comenzar el tratamiento con agua y alimento, la población local de gorriones se duplicó con creces.

Llegué a la conclusión de que había demostrado que la enfermedad regula la población de la especie de aves, pero si no era el único factor, sin duda desempeñaba un papel importante como regulador.

Hasta aquí la cuestión de la población de gorriones.

Sin embargo, no debe pensarse que me absorbiera tanto el problema de los gorriones que descuidara mis investigaciones sobre palomas mensajeras.

Por el contrario, una vez que comencé a tratar a los gorriones, instauré una vigilancia muy estricta sobre mis palomas, esperando el primer indicio de una epidemia que hiciera su aparición en el palomar.

¡Nunca volvió a aparecer!

Ahora bien, es un hecho verificable en mis registros que la incidencia de enfermedades en mi palomar disminuyó y desapareció después de que comencé a tratar a los carboneros y gorriones locales.

Por lo tanto, parecía que la desaparición de dolencias y enfermedades podía vincularse con la erradicación de enfermedades entre los gorriones silvestres de mi zona.

Sería una falta de perspicacia si no relacionara una cosa con la otra, en lugar de considerar el fenómeno como una coincidencia.

Una conexión de algún tipo era inevitable.

Conclusión:

(1) Las poblaciones de aves deben aumentar y disminuir según la incidencia de enfermedades aviares, tanto epidémicas como cíclicas.

El hecho de que rara vez se encuentre un ave muerta no es criterio de su aparente inmunidad a la muerte por enfermedad.

Sin duda, cada gorrión que cae es devorado por un carroñero.

De hecho, el 75% de los gorriones jóvenes y el 50% de los adultos mueren cada año.

(2) Existe una conexión indudable entre las dolencias de las aves y las de las palomas, ya que, de una u otra forma, las dolencias y enfermedades de una especie se transmiten a otra.

Por ejemplo, observe cómo se mantuvo la salud general de mis palomas mientras yo atendía a las pequeñas aves silvestres de la zona.

Todo esto me lleva a preguntarme cuántos aficionados a las palomas se han dado cuenta de que las dolencias y enfermedades no son exclusivas de ellas, sino que son epidemias comunes en el mundo de las aves.

Que nuestras palomas pueden mantener una buena salud y quizás inmunidad a las enfermedades si las aves silvestres que las rodean gozan de mejor salud.

Entonces centré mi atención en el problema del contacto, porque me resultaba obvio que si las enfermedades y los parásitos de las aves silvestres podían transmitirse a mis palomas, sin duda existía algún tipo de contacto entre ellas.

¿Pero cómo?
Lo primero que descubrí fue que los gorriones aparecían en bandadas, como por arte de magia, si les ponía una mezcla de granos.

Mientras mis palomas comían los guisantes y las habas, los gorriones y los carboneros devoraban rápidamente el trigo, la cebada, el sorgo y las semillas, picoteando con una velocidad que dejaba a mis palomas lentísimas en comparación.

Y antes de irse volando, las aves silvestres dejaban excrementos en el suelo y en los comederos.

Por lo tanto, cambié la alimentación mixta por una dieta de legumbres grandes únicamente, que ningún gorrión ni carbonero podía picotear.

Luego quité los barrotes de la entrada del palomar y las reemplacé con malla metálica fina (de 1/2 pulgada).

Esta precaución impidió que los gorriones entraran al desván y a los comederos.

Después traté el suelo del pasillo de trampas con un insecticida que eliminó todos los insectos y ácaros.

Al mismo tiempo, me aseguré de tratar toda el agua del baño con insecticida.

Había descubierto que las patas de los gorriones transportaban todo tipo de bichos en sus excrementos.

Para entonces, era un hecho que la fauna silvestre que abundaba en los alrededores de mi desván era probablemente la más sana de todo el país (debido a mi comedero para pájaros y sus características), pero no me gusta correr riesgos.

Estaba tomando todas las precauciones necesarias en aras de la investigación y para descubrir por qué las enfermedades epidémicas llegaban a mi desván.
No me convencía que mis problemas se debieran a alguna paloma extraviada ocasional y al contacto con otras palomas en las cestas de competición.
Por supuesto, la mayoría de las palomas extraviadas están infestadas de parásitos en el plumaje y algunas portan enfermedades que, según mis registros, son principalmente del tipo chancro y difteria (viruela de las palomas).

Si uno tiene mala suerte, una sola paloma extraviada puede infectar todo el palomar y provocar una epidemia de proporciones catastróficas.

Pero estos casos son raros.

Es de la fauna silvestre de donde recibimos los golpes más duros.

Y ahora volvamos al problema del 'diagnóstico'.

La mayoría de los principiantes tienen suficiente sentido común para saber cuándo algo no anda bien con una paloma.

Una paloma enferma nunca engaña a nadie, salvo al más ingenuo.

Si los principiantes siguen mi consejo y manipulan a sus palomas con frecuencia y regularidad, pronto descubrirán, por ejemplo, cuándo una paloma tiende a perder peso.

Y una paloma que está perdiendo peso es una paloma que está enfermando de algo.
La generalización 'Adelgazar' es un término que se aplica a todas las palomas pierden peso.

Pero no existe ninguna enfermedad con ese nombre.

El término simplemente implica que el ave está perdiendo peso y, por lo tanto, es probable que contraiga alguna enfermedad.

Con la posible excepción de la coccidiosis, puedo decir que la mayoría de las palomas muestran los primeros síntomas de una enfermedad perdiendo el apetito y, en consecuencia, perdiendo peso.

El ave come cada vez menos y su peso disminuye día a día.

La pérdida de peso viene acompañada de otros signos de malestar.

A medida que los músculos se debilitan y atrofian, el plumaje pierde su apariencia de firmeza.

Una paloma sana mantiene sus plumas tan firmes que es imposible distinguir una pluma individual.

Las plumas se fusionan para crear una superficie uniforme de patrón y color, con un brillo envolvente.

Por ejemplo, las plumas brillantes se convierten en una sola banda de color, mientras que el ala da la impresión de ser jaspeada.

Pero cuando la paloma está enferma, sus plumas se deshilachan, es decir, pierden su firmeza y tienden a erizarse, separándose del cuerpo.

¿Por qué?

Porque la enfermedad viene acompañada de un aumento de temperatura (fiebre) y el ave intenta enfriar su cuerpo sobre-calentado levantando las plumas para que el aire fresco llegue a su piel.

La textura de las plumas de una paloma enferma es muy diferente a la de una sana.

El plumaje de una paloma sana tiene una suavidad satinada, acompañada de una sensación aparentemente grasosa, mientras que el de una paloma enferma es seco y áspero, con una apariencia quebradiza al tacto.

La diferencia es inconfundible.

La postura de una paloma enferma es muy diferente a la de una pájara sana.

Tiende a sentarse encorvada, es decir, con los hombros levantados y la cabeza gacha sobre su rostro abatido.

Sus ojos, antes brillantes, vivaces y feroces, ahora están apagados, sin brillo, vacíos y casi sin vida, mientras que su párpado tiende a deslizarse sobre él, como si estuviera cansado y sin energía.

Las plumas muy cortas de su nariz, justo detrás de la carúncula, ya no se integran armoniosamente, sino que se mantienen erguidas en ángulo recto con respecto a la piel, infladas.

Una paloma que muestra estos signos reveladores está enferma y necesita atención.

Ningún principiante puede ver un ave así y no darse cuenta de que está enferma.

Los síntomas son tan evidentes que no engañan a nadie.

Pero ver los síntomas y saber cómo tratarlos son dos cosas muy diferentes.

El estado del plumaje y la postura del ave, además de su falta de apetito, proporcionan indicios útiles sobre su estado de salud, pero un diagnóstico de su enfermedad puede facilitarse mediante el estudio de sus excrementos.

Por lo tanto, un principiante inteligente siempre observa los excrementos debajo de las perchas y anota su estado.

Los excrementos firmes, oscuros y redondos indican un buen estado de salud, mientras que los excrementos blandos y acuosos suelen indicar que el ave no se encuentra bien.

Hay que ser especialmente crítico con el ave que deposita un excremento pequeño en una zona húmeda y con aquella cuyos excrementos indican diarrea.

Se trata de excrementos acuosos y blandos con un tono verdoso.

Las palomas que defecan "verdes" no necesariamente están enfermas.

El color "verde" se debe a la bilis, un ácido estomacal que el ave utiliza para digerir su alimento.

Incluso cuando el ave no ha comido, defecará "verdes", aunque esté muy sana.

Sin embargo, si los comederos están llenos pero el ave sigue defecando "verdes", debe sospecharse de alguna enfermedad, ya que obviamente ha perdido el apetito.

Examínela de inmediato y observe sus síntomas, pues es muy probable que se trate de una enfermedad.

La diarrea puede ser una enfermedad en sí misma o el preludio de otra.

Los excrementos no pueden considerarse un síntoma aislado.

Este factor debe combinarse con otros síntomas para determinar la verdadera naturaleza del problema.

Aconsejo a los principiantes que clasifiquen las dolencias de las palomas en tres categorías principales:

(1) Trastornos causados por parasitación, como la coccidiosis.

(2) Deterioro causado por deficiencias vitamínicas en la dieta diaria.

Estas deficiencias son la causa de más dolencias en las palomas de las que la mayoría de los criadores creen posible, incluyendo la polineuritis, común y muy frecuente hoy en día.

(3) Enfermedades contagiosa.

Existen otros tipos de dolencias, pero son raras en comparación con las causas comunes incluidas en las categorías anteriores.

No veo ninguna razón por la que un criador inteligente deba preocuparse por las dolencias derivadas de las dos primeras categorías.

Puede proteger a sus aves contra los estragos de los parásitos utilizando los productos específicos que recomiendo.

Son económicos y 100% efectivos.

De igual modo, ningún aficionado debería preocuparse por dolencias derivadas de deficiencias vitamínicas en la dieta del ave si complementa su alimentación a base de granos según mis consejos.

La higiene y una alimentación adecuada le evitarán más del 50% de las posibles fuentes de enfermedad, además de garantizarle una descendencia robusta y palomas mensajeras en buen estado.

Esto reduce el campo a unas veinte dolencias y enfermedades, la mayoría de las cuales son contagiosas y se contraen por contacto con otras aves enfermas que, como he demostrado anteriormente, no tienen por qué ser palomas callejeras ni palomas mensajeras en bandejas de competición, sino otras especies de aves, como las silvestres.

Obviamente, no puedo enumerar todos los síntomas de cada dolencia y enfermedad que se aborde en este capítulo (los encontrará en otros lugares), pero creo haber escrito lo suficiente para convencerle de que, con un estudio razonable, puede acotar el campo de acción y controlarlo tomando precauciones normales y cotidianas en el manejo de su palomar.

Aquellos colombófilos cuya concepción del cuidado de las palomas se limita a cambiar el agua, raspar el suelo del palomar y ponerles grano a diario, pero que no utilizan productos específicos ni antiparasitarios de ningún tipo, son los que sufrirán un sinfín de epidemias y enfermedades.

Quienes se toman la molestia de mantener a sus aves en un estado de higiene permanente, utilizando los productos adecuados y proporcionándoles una dieta suplementada, son los menos propensos a padecer enfermedades.

De hecho, si siguen mi ejemplo, se convertirán en personas ajenas a este tipo de problemas.

Recuerde que los parásitos y las enfermedades de otras aves de corral son los mismos que afectan a nuestras palomas.

Por ejemplo, el tratamiento para la cabeza negra (la temida enfermedad del pavo) es el mismo que para la chancrosis en las palomas mensajeras.

Los parásitos que viven en el lomo de una gallina encuentran un hábitat igualmente cómodo y nutritivo en el lomo de una paloma.

Ninguna otra ave, doméstica o no, debe estar al alcance de sus palomas.

Finalmente, todo principiante debe ser precavido y no dar nada por sentado.

No se deje llevar por la nostalgia hacia las aves silvestres, especialmente los gorriones y estorninos, que se encuentran entre las especies más sucias.

Si se siente tentado a imitar mis métodos e instalar un comedero para pájaros en su jardín, asegúrese de que sus palomas no puedan subirse ni posarse en él.

Tenga especial cuidado al colocar un bebedero para sus aves, para evitar que el agua se contamine con aves silvestres.

Y en caso de duda, escríbame para pedir consejo y envíe un sobre con franqueo pagado y su dirección para recibir una respuesta.

Al enumerar los síntomas de una paloma enferma, describa el estado de sus plumas, su carúncula y cera, sus ojos y el estado de su boca, garganta y fosas nasales.

Al mismo tiempo, describa la dieta y el apetito del ave, su postura y la naturaleza de sus excrementos.

Si la paloma está "perdiendo peso", indique si tiende a echar la cabeza hacia atrás y a abrir la boca, y si presenta cojera, mareos o "tambaleo".

EL EFECTO DEL ESTRÉS EN LAS PALOMAS MENSAJERAS

Hace muchos años, cuando aún era joven y rondaba los cincuenta, pasaba mucho tiempo visitando palomares.

Mi presencia constante se debía tanto a mi insaciable curiosidad como a mi amor eterno por las palomas mensajeras.

Algunos aficionados son incapaces de mostrar el más mínimo interés por las palomas ajenas, y se contentan con quedarse en casa y regodearse con las suyas.

Sin embargo, yo pertenezco a esa clase de aficionados que se sienten frustrados y privados de algo si no pueden asomarse al palomar de alguien de vez en cuando y echar un vistazo a sus palomas.

Hay más de la última raza que de la otra, lo cual no es malo.

¡Fíjense en cuántos autobuses llenos de aficionados van a visitar palomares fuera de temporada!

En algunas partes del país tienen una auténtica manía por salir temprano el domingo por la mañana e intentar visitar tantos palomares como el tiempo les permita antes de medianoche.

¡Al menos así era en mi juventud!

Sin embargo, cuando recorría palomares como un curioso, tanto lejanos como cercanos, no iba solo a mirar.

Tenía ciertos objetivos de investigación en mente, así que al volver a casa solía sentarme y anotar mis observaciones en un cuaderno, y de ahí al libro de registro, a lo que yo llamaba un «libro de estadísticas».

Y llevar estadísticas de palomas puede ser más divertido y mucho más instructivo de lo que quizás imagina el aficionado promedio.

Inventé varios encabezados para mis estadísticas, como: Cuántas palomas se mantenían y el tamaño del palomar en pies cúbicos; tipo de alimentación; colores predominantes del plumaje; número de aves que volaron más de 800 kilómetros; número de aves de dos años o más; tipo de suelo; número de perchas disponibles por ave; etcétera.

Basta con consultar los índices recopilados de unos 300 registros de palomares para observar tendencias, métodos y las razones por las que algunos ganaban constantemente, otros solo ocasionalmente y otros nunca ganaban.

No pretendo dedicar este capítulo a las estadísticas (aunque me tienta hacerlo), pero debo hacer una afirmación muy importante basada en mis estadísticas: aún no he visitado un palomar que no esté sobrepoblado.

Y en los meses de verano (junio, julio y agosto), los palomares están terriblemente sobre-poblados.

No nos resulta difícil encontrar una razón para este sobre-poblamiento.

La mayoría de los aficionados están sumamente preocupados por la posibilidad de perder pichones.

Cualquier aficionado que haya sufrido la pérdida de un grupo de pichones vive una pesadilla que jamás olvidará.

Tiende a «criar algunos más, por si acaso los necesito».

Luego está el aficionado que, al contemplar la multitud de sus palomas jóvenes, dice: «Debería dejar de criar, pero debo tener otra pareja de esa pareja reproductora, y otra pareja del campeón», y así sucesivamente.

A primera vista, uno podría pensar que el palomar ideal es aquel en el que se practica el sistema de viudez.

Ya conocen el ritual: criar una tanda de pichones y luego separar los sexos, haciendo competir a los machos como célibes.

No hay posibilidad de hacinamiento en este tipo de palomar.

¡Pero esperen!

Los palomares más hacinados que he visitado son aquellos donde se practica el sistema de viudez.

Esto no solo se aplica a los criadores británicos, sino especialmente a los del continente.

No mencionaré nombres, pero ni yo ni nuestro editor hemos visitado jamás un palomar continental que no estuviera excesivamente hacinado.

¿Qué tiene de malo el hacinamiento en un palomar?

Quienes han estudiado tratados científicos sobre el tema y realizado algunos experimentos descubren pronto que el hacinamiento provoca estrés, y que este estrés genera sustancias llamadas corticosteroides, que aparecen en la orina en cantidades crecientes.

El estrés, y en gran medida su consecuencia, conlleva un aumento de las infecciones y los parásitos. Los animales (incluidas las aves) evolucionaron en un entorno de «libre pastoreo», lo que significa que disfrutaban de una libertad ilimitada para moverse por vastas extensiones de terreno.

Los humanos alguna vez vivieron una vida similar, siguiendo a las manadas de animales de las que cazaban para obtener carne.

Todos los animales primitivos llevaban una existencia relativamente saludable en los amplios espacios abiertos.

Hace unos 8000 años, alguien descubrió la estructura de un nuevo tipo de existencia: la vida agrícola doméstica.

Esta consistía en dos factores principales:

(1) El cercado de animales domésticos, como ovejas, vacas, cerdos, etc., y la cría de tantos como fueran necesarios para la despensa y sus subproductos, como leche, cuero, etc.

(2) En segundo lugar, y esta era la base de la vida agrícola, el cultivo de maíz para la alimentación humana y animal.
Tan pronto como el hombre comenzaba a sembrar, tenía que esperar y cosechar.

Su libertad de movimiento se vio restringida, al igual que la de sus animales, que ahora estaban confinados.

Los hombres también se confinaron a sí mismos en aldeas y lugares similares, imponiéndose las restricciones que habían diseñado para sus animales domesticados. Entonces comenzaron los problemas.

Las poblaciones de animales introducidas en pequeñas cantidades a una nueva zona se reproducen muy rápidamente.

Las hembras son fecundas (es decir, receptivas a los machos) y fértiles (producen muchas crías).

Pero cuando el número de individuos aumenta en un área confinada, la fecundidad y la fertilidad disminuyen.

En lugar de que todos los miembros de la comunidad sean libres e iguales en estatus, como en la vida salvaje, comienzan las luchas por el dominio.

En resumen, se generan tensiones que pueden ser traumáticas o simplemente psicológicas.

Pero su efecto es provocar abortos en las mujeres, como la reabsorción fetal, lo que conlleva una disminución de la natalidad.

Un buen ejemplo de lo que intento explicar lo ofrece la historia del pueblo inglés en los últimos 200 años.

Si retrocedemos hasta entonces, encontramos que la población era mayoritariamente agrícola, dispersa por todo el país, con solo una pequeña parte concentrada en las ciudades.

Por ejemplo, en la memoria reciente, la población de Londres no superaba el millón de habitantes (hace 600 años era de tan solo 30.000).

La Revolución Industrial se inició alrededor de 1750, pero no cobró verdadero impulso hasta principios del siglo XIX, aunque tuvo el efecto de atraer a la gente del campo a las ciudades para trabajar en fábricas y oficinas.

El crecimiento de Londres entre las décadas de 1820 y 1980 fue fantástico, mientras que fenómenos similares se observaron en Manchester, Liverpool, Birmingham, Sheffield, Leeds, Bristol, Glasgow, etc., donde las explosiones demográficas fueron de proporciones nucleares.

¿Cuál fue el primer efecto de la migración masiva del campo a la ciudad?

La natalidad humana alcanzó cotas nunca antes vistas, demostrando una vez más que tanto animales como humanos se reproducen rápidamente al ser introducidos en un nuevo entorno.

Eran comunes las familias de ocho a doce hijos.

Pero la mayoría vivía en hileras de pequeñas casas superpobladas.

En 80 años, la población de Londres pasó de un millón a ocho millones, mientras que otras ciudades se esforzaban por competir con la capital.

Entonces, el estrés se hizo sentir.

Las enfermedades infecciosas, multiplicadas por la falta de instalaciones sanitarias adecuadas, y la multiplicación astronómica de parásitos y animales portadores de parásitos, como las ratas, produjeron las tasas de mortalidad más altas jamás registradas.

Las familias tenían suerte si lograban que uno de cada ocho hijos llegara a la edad adulta.

No fue hasta este siglo, con las mejoras en la ingeniería sanitaria y los avances médicos, que la tasa de mortalidad se redujo a un mero porcentaje.

Pero para entonces, el tamaño de las familias se había reducido casi a cero.

Prueba de ello es la gran cantidad de familias con solo uno o dos hijos.

Nos guste o no, la caída de la natalidad (en comparación con el siglo XIX) fue el efecto inmediato del hacinamiento.

El granjero que hacina a sus ovejas en corrales demasiado pequeños sabe que comenzarán a morir por infestación parasitaria.

Sabe que su tasa de fertilidad disminuirá, como la de cualquier animal en cautiverio.

Que las epidemias serán inevitables y las muertes, lejos de ser naturales, también lo serán.

El temido "desplazamiento" es un primer síntoma directo del hacinamiento.

Si se investigan los informes de "desplazamiento", se encontrará que siempre ocurren cuando el palomar del criador alberga su mayor número de aves, debido a la sobrepoblación de pichones.

Hay otros signos, demasiados para mencionar, pero esbozaré algunos.

La corteza de las glándulas suprarrenales, situada cerca de los riñones, es la responsable de los mecanismos de estrés en los animales.

Los cambios en estas glándulas siempre se pueden detectar durante las necropsias, generalmente por una hemorragia masiva en la glándula suprarrenal.

Tales hemorragias letales son el resultado de un shock o estrés.

Se observará que la tasa de fertilidad de los huevos puestos en un palomar superpoblado disminuye alarmantemente.

Que el tamaño del ave también disminuye.

Las peleas entre gallos aumentan e incluso las gallinas participan en raras ocasiones.

Las dolencias y enfermedades aumentan en frecuencia y hay una mayor incidencia de enfermedades entre los polluelos.

Considero que el hacinamiento en el palomar es una de las principales razones del declive de un equipo y la razón por la que algunos aficionados que disfrutan de una buena temporada este año fracasan al año siguiente, ya que uno de los resultados naturales de una buena temporada suele ser un aumento en la cría.

Cuando las pérdidas son bajas, un mayor número de palomas ocupa el espacio disponible en el palomar.

El difunto Vic Robinson, de fama nacional, demostró su excepcional inteligencia cuando escribió en su libro «Mis métodos» que, durante las semanas en que preparaba a sus palomas para una carrera nacional, sacaba del palomar (y las colocaba en cestas) a todas aquellas que no eran candidatas para la carrera clásica.

Les proporcionaba el máximo espacio posible sin ningún signo de hacinamiento.

Un síntoma de estrés en hombres y mujeres es la úlcera gástrica, que no suele ser consecuencia de una enfermedad o parásitos.

Pero en las carreras de palomas, no nos preocupa tanto el efecto de las úlceras en las palomas, como el efecto del estrés o el síndrome de adaptación general.

Supongo que el aficionado promedio (después de leer lo anterior) se preguntará en qué momento la falta de espacio vital se convierte repentinamente en sobrepoblación.

Pues bien, el problema no se resuelve prescribiendo una cierta cantidad de pies cúbicos de aire por paloma.

Cuando se redactaron las primeras Leyes de Fábricas, una cláusula establecía «400 pies cúbicos por operador de fábrica» como promedio.

Se descubrió entonces que esta cantidad de aire cúbico se podía proporcionar si el operario se sentaba en un embudo vertical de 1 pie cuadrado y 400 pies de altura.

El espacio de la fábrica dividido de esta manera seguiría implicando una grave sobrepoblación.

La sobrepoblación está ligada a varios factores en un palomar, además de la cantidad de aire respirable por paloma.

El primer requisito es una caja nido muy grande con espacio para albergar dos nidos, no uno.

Es natural que una pareja reproductora busque un nuevo lugar para anidar cuando los polluelos tengan el plumaje completo.

Si las cajas nido son pequeñas y todas están ocupadas por una pareja reproductora, las peleas entre los machos, con el consiguiente aumento del porcentaje de huevos sin eclosionar, son inevitables.

Se realizó un experimento de sobrepoblación con ratones.

Si una colonia se establece con suficiente espacio, su número aumenta rápidamente.

Cuando el espacio se redujo hasta el punto de sobrepoblación, la tasa de reproducción disminuyó.

Surgieron las peleas.

Las camadas se hicieron más pequeñas y varias hembras dejaron de reproducirse.

En algunos casos, las madres se comieron a sus crías.

Algunos animales murieron por estrés, pero no por ninguna enfermedad o lesión.

Esto ocurrió a pesar de que el suministro de alimento era abundante.

Por lo tanto, un fenómeno muy similar al síndrome de adaptación médica puede ocurrir en los animales como respuesta al estrés.

Así, un fenómeno muy similar al síndrome de adaptación médica puede ocurrir en animales en respuesta al hacinamiento sin escasez de alimento y sin la incidencia de enfermedades o parasitismo.

Como ya he mencionado, muchos aficionados que desean ser "pequeños aficionados", ya sea por razones económicas o de otro tipo, intentan lograrlo construyendo palomares diminutos.

Esto es un falso ahorro.

Un palomar tiene un coste de mantenimiento relativamente bajo, independientemente de su tamaño.

Los gastos más elevados se centran en la alimentación, el entrenamiento y las cuotas de clubes y competiciones, etc.

Por lo tanto, todos aquellos principiantes que estén considerando construir un palomar deberían descartar cualquier idea de una estructura "pequeña".

Mantengan un número reducido de palomas, pero denles el mayor espacio posible.

Si pueden permitirse tener solo una docena de palomas, construyan un palomar de al menos 4,5 metros de largo por 2,1 o 2,4 metros de ancho.

Construye un pasillo que atraviese el palomar de extremo a extremo y divide el resto en pequeñas secciones formadas por malla metálica sobre marcos.

Proporciona a cada pareja reproductora dos nidos muy grandes y asegúrate de que cada paloma tenga tres perchas a su disposición.

En estas condiciones, las peleas son prácticamente imposibles.

Las enfermedades infecciosas en un palomar con solo seis parejas serán raras; también lo serán las peleas, mientras que la fertilidad de los huevos debería rondar el 90 %/100 %, siempre y cuando el palomar cuente con ventilación en las cuatro paredes.

Si cada colombófilo fuera ahora mismo a su palomar y redujera su número de palomas al menos un 30 %, las restantes mostrarían inmediatamente mejor estado físico y mental.

Serían más felices, estarían más a gusto en su entorno, serían más vivaces y vivirían más tiempo.

El estrés puede provocar enfermedades y la muerte.

Las palomas mensajeras no son máquinas voladoras, sino animales pensantes, sujetos a alteraciones y reacciones mentales.

Pueden preocuparse por muchas cosas, como la pérdida de pareja, el confinamiento en la cesta, las comidas irregulares, la ausencia nocturna al incubar huevos o polluelos, etc.

Preocuparse es angustiarse, y la angustia excesiva invariablemente provoca pérdida de apetito.

Habrá notado que la pérdida de apetito precede a la mayoría de las dolencias y enfermedades de las palomas.

La dolencia más común que desarrollan las palomas mensajeras en estado de estrés se conoce como Coli.

Esta se produce cuando las bacterias intestinales se desequilibran, como cuando el estrés le quita el apetito al ave.

Así, un aumento de Coli produce excrementos líquidos y verdosos, a veces acompañados de una sustancia gelatinosa.

La siguiente etapa es la «delgadez» y, si no se actúa con rapidez, la paloma muere.

Actúe con rapidez, ¡o podría perder a su paloma!

Nunca, jamás, subestime la importancia del estrés en su palomar.

Un palomar ganador es un palomar feliz, por lo que debe trabajar para garantizar la felicidad de sus aves en todo momento, y su principal contribución a este bienestar debe ser evitar el hacinamiento.

FIN